LAS revistas terminan por muchas causas que siempre pueden, y deben explicarse. Pero a veces hay que esperar. Este es, por ahora y en mucho tiempo—no aseguraríamos su carácter definitivo—el número postrero de Ágora. *Una revista de poesía que se ha mantenido en cabeza siete años, no tiene por qué despedirse con tristeza. Hemos cumplido. Y quisiéramos ver en España, y en casos como el nuestro, en que no sobra dinero, muchas empresas particulares, independientes, civilizadas, nobles, como ésta. Por lo menos así. Si mejor, mejor. Habíamos destinado este número a recordar a Antonio Machado. Durante seis meses hemos pedido y esperado la generosa aportación de varios poetas españoles. No ha llegado. Nuestro gran muerto en Colliure no ha tenido suerte. Un hecho así, por supuesto, no acaba con una revista experimentada, seria, aunque es revelador de muchas cosas. El confusionismo en la poesía de España es tan grande que hay que preguntarse si tiene razón de ser el esfuerzo y el rigor generoso de* Ágora. *El historiador de nuestras gentes de hoy deberá pertrecharse de cuantos medios le ofrezca la ciencia: detector de mentiras, focos potentes para aclarar lo más turbio e insondable, grandes tijeras para reformar chaquetas de figuras y personajillos, unas veces muy chicas y otras muy grandes. El caldo de cultivo que estimula este estado de cosas es ya conocido. Pero, a diario, este conocimiento falla porque mucho monte, hasta el elevado, a veces, es orégano. Nuestra labor, sumariamente, queda recogida en el núm. 73-74 (noviembre-diciembre 1962). Después, poco más hemos hecho. Gracias, muchas gracias, a nuestros colaboradores, suscriptores, lectores de todo el mundo. Esta tregua—o final—de* Ágora *quizá enturbie más—y, por consiguiente, aclare—las cosas.*

C. L.